

Hoy se cumplen los 200 años del nacimiento de un escritor que satirizó sin piedad la sociedad de su época

«Vivimos en un país donde nadie quiere saber, lo que se trata es de medrar», escribió este amigo de Espronceda en uno de sus artículos de costumbres

Larra, el desgarrado romántico

TOMAS GARCÍA YEBRA MADRID

Su divisa fue mostrar al hombre «tal como es, no como nos gustaría que fuese». Eso le granjeó numerosos enemigos y no pocos disgustos. En sus deliciosos artículos ridiculizó los defectos de una sociedad en la que no se encontraba cómodo. «Me llaman por todas partes mordaz y satírico; todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes, que no dicen lo que piensan o piensan demasiado lo que dicen», escribió en uno de ellos. Su descendiente Jesús Miranda de Larra le define como un hombre de complexión pequeña (media metro sesenta), de ojos negros, mirada triste, párpado abultado y altivo tupé. Sus biógrafos le aplican los adjetivos de inteligente, orgulloso, enamorado, misántropo, hipocondríaco, escéptico y distante. «El orgullo fue, quizá, su peor defecto», asegura Miranda de Larra.

Consciente de su talento, Mariano José de Larra (24 de marzo de 1809-13 de febrero de 1837) fundó dos revistas -'El duende satírico del día' y 'El pobrecito hablador'- que le sirvieron de escaparate para darse a conocer. Con poco más de veinte años (se suicidó a los 27) pasó a convertirse en el periodista mejor pagado de su época. Ganaba 60.000 reales al mes, unos 14.000 euros de ahora.

Su prosa es clara, directa, ingeniosa, divertida. Jamás cayó en el malabarismo de la frase pretenciosa o barroca. «Pensaba que el pilar de un pueblo radica en la educación, y sobre esa idea pivota toda su literatura», dice Miranda de Larra, autor de 'Larra, biografía de un hombre desesperado'. «Sus sarcasmos no eran gratuitos; trataba de agitar la conciencia de los ciudadanos con el fin de conseguir que el país se enganchara a la ciencia y el progreso».

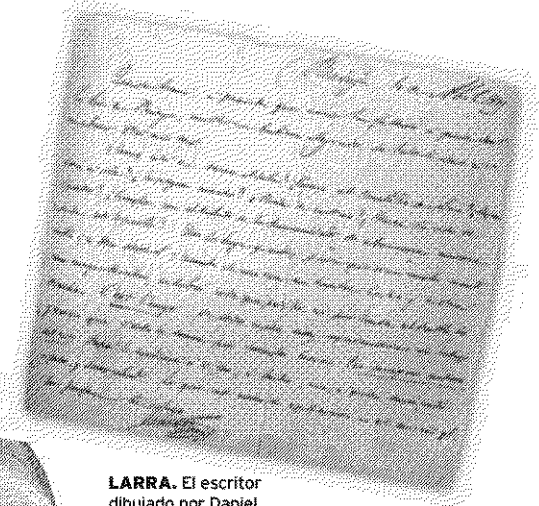
Hijo de un médico liberal al servicio del ejército francés, Larra vivió hasta los nueve años en Burdeos y París. Ya en Madrid estudió en el colegio de las Escuelas Pías de San Antonio Abad. Durante la

«Sólo se puede soportar a las personas los 15 primeros días que las conoces»

Su divisa: «Mostrar al hombre tal como es no como nos gustaría que fuese»



LARRA. El escritor dibujado por Daniel Urrabieta Vierge y a su madre. / ATENEO DE MADRID Y AGUILAR



Ateneo

T. G. Y. MADRID

Larra tuvo el honor de ser el primer socio del Ateneo de Madrid. Esta institución organizará exposiciones, ciclos de conferencias, recitales y mesas redondas a lo largo del año. Este martes, en el salón de actos, y presi-

dido por los Príncipes de Asturias, tendrá lugar la sesión de apertura del Bicentenario de Mariano José de Larra. Participarán en el 'año Larra' grandes expertos en la vida y la obra del escritor, como José Luis Varela (autor de un espléndido 'Larra y España'), Eduardo Huertas, José Luis Abellán o Leonardo Romero Tobar.

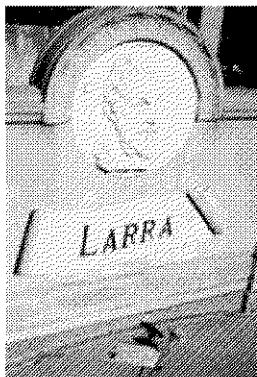
El Ayuntamiento de Ávila (fue

diputado por esta ciudad) inaugurará en abril la exposición 'Larra en el tiempo'. Este mismo consistorio celebra en mayo un congreso sobre los medios de comunicación en el siglo XXI. La Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander le rendirá tributo en sus cursos de verano. También se sumarán al bicentenario el Instituto Cervantes y el Museo Romántico.

niñez fue un niño abierto y alegre, pero un contratiempo en la adolescencia enturbió su carácter. «Se enamoró perdidamente de una mujer mayor que él, y un buen día descubrió que aquella mujer era amante de su padre. Le dejó marcado para el resto de su vida», relata su descendiente.

El Parnasillo

Fue amigo de Espronceda, Ventura de la Vega, Patricio de la Escosura, Mesonero Romanos, Bretón de los Herreros (con el que tuvo sus más y sus menos), Salustiano Olózaga, Roca de Togores, Gutiérrez de la Vega, los Madrazo y un largo etcétera. Todos ellos se reunían en la tertulia 'El Parnasillo', en el café



Tumba de Larra en La Sacramental de San Justo. / COLPISA

del Príncipe, y allí, a grito pelado, arreglaban el mundo. Una de las claves para entender a Larra es su ironía a la hora de escribir contra sí mismo. Al enjuiciar, por ejemplo, el ambiente del café del Príncipe - que frecuentaba casi a diario -, escribe: «Resulta asombroso que los que se tienen por cabezas pensantes asalten los lugares más sucios y cochambrosos, como el café del Príncipe». Y en otro lado: «Sólo se puede soportar a las personas los primeros quince días que las conoces». Él también debió de ser bastante insoportable.

Escribió alrededor de 200 artículos en menos de diez años. Son archiconocidos 'Vuelva usted mañana', 'En este país', 'El día de

difuntos de 1836', 'El castellano viejo' o 'El casarse pronto y mal' (en este último arremete, entre líneas, contra su propio matrimonio, de ahí su fuerza y su sabor a verdad). Utilizó varios pseudónimos, a modo de desdoblamientos, como luego haría Pessoa. El más conocido es el de Figaro.

Su concepto de la vida, apasionado y rebelde, quedó plasmado en tres obras de corte romántico: Los dramas 'Macías' y 'El conde Fernán González', y la novela histórica 'El doncel de don Enrique el Doliente'. Un ejemplar de esta novela se lo regaló Letizia Ortiz al príncipe Felipe el día de la pedida de boda. La elección de este título fue criticada por algunos sectores, pues se cuenta la historia de un adulterio.

En 1829 se casó con Josefa Weteret. El matrimonio fue deteriorándose a raíz de las relaciones de Larra con Dolores Armijo, dama de alta alcurnia casada con un abogado. Tuvo tres hijos con su mujer: Luis Mariano (libretista de zarzuelas, entre ellas 'El barberillo de Lavapiés'), Adela y Baldomera.

La tarde del 13 de febrero de 1837, Dolores Armijo fue a casa de Larra (en la calle Santa Clara, 3) para que le devolviera unas cartas comprometedoras. Larra se resistió a entregárselas e intentó convencerla para reanudar su relación. Temerosa al qué dirán -eran la comidilla de todo Madrid-, Dolores no se atrevió a dar el paso y se fue de la casa con un «no» rotundo. Cuando subía por la calle Santa Clara, camino de la plaza de Santiago, oyó un disparo. También lo oyó su hija Adelita, que en esos momentos se encontraba en la habitación de al lado.